



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9476

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 3 DE JUNIO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil giro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette, rue Canmartin, 61, y J. Jones, rue de Valenciennes, 31.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vias férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustantes.—Manufacturas de cautchuc y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustrés, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE CORONA.—PUERTA DE MURCIA.

ECOS DE MADRID.

1.º de Junio de 1893.

No hay más remedio que hablar de Lagartijo. Desde hace dos días es el asunto principal de las conversaciones. Lo mismo los numerosos aficionados al terezo, que los indiferentes y hasta los adversarios de la fiesta nacional no se preocupan más que del diestro cordobés, de su despedida, de su coleta y sobre todo de su triunfo en el asunto de la procesión del Corpus Christi. ¡Qué conflicto! Procesión y corrida de toros al mismo tiempo. ¡Y qué corrida! La última página de la historia en Madrid del célebre maestro!

El público podía haber optado entre la fiesta religiosa y la fiesta profana y seguramente las dos se habrían visto favorecidas por numerosa concurrencia. En Madrid hay gente para todo. Pero á la procesión tienen que acudir necesariamente las autoridades, ciertos personajes que en estas solemnidades figuran y la tropa toma también una gran parte en la función.

Es necesario resolver el conflicto. Si la procesión salía á la hora acostumbrada adiós corrida. Ni las autoridades ni los personajes podían brillar en las dos fiestas. ¿Qué hacer en esta situación? Aplazar la despedida de Lagartijo? Imposible. Posponer el maestro á la procesión ¿como imaginario siquiera?

Se anticipa la fiesta religiosa y ¡día completo!

Las mangas de las parroquias han rendido homenaje á las banderillas y en los momentos en que escribió estas líneas la procesión recorrió las calles del itinerario marcado.

Si como era de presumir, el sol no se hubiera apiadado de los po-

bres curas, de los orondos concejiles y de los sufridos soldados; como no hay taldos, porque se suprimieron hace cuatro ó cinco años, las insolaciones y tabardillos habrían convertido poco menos que en tragedia la triste comedia á que asistimos. Pero las nubes han dado una lección al municipio y por si los que forman la comitiva se acaloran les está regalando una menuda y refrigerante lluvia.

No habrá tabardillos; pero sí dolores reumáticos.

Lo que no ha sucedido y como justa compensación debía suceder, es que Lagartijo con su cuadrilla hubiera acudido á aumentar el esplendor de la procesión y á demostrar de este modo su gratitud al señor Obispo y al clero por la deferencia de que han sido objeto.

Todo hace creer que la función taurina se verá amenizada por aguacero y hasta si hemos de dar crédito al barómetro, no sería extraño que estallase una tempestad.

El tiempo es el personaje que más se divierte de tejas abajo.

Las personas serias están que trinan y no falta quien arrimando el ascua á la sardina, diga que la famosa sesión permanente, habría durado menos, si la despedida de Lagartijo se hubiera celebrado en aquel día de fiesta que pasaron los diputados durmiendo, comiendo y votando.

Desdichas han ocurrido estos días que sin la preocupación dominante habrían llamado la atención. En provincias se comentarán; aquí han pasado casi inapercibidas.

Es una verdadera novela la que ha tenido por triste desenlace el suicidio ó asesinato—que aun no se sabe la verdad—de un recién casado al parecer feliz.

Dos familias ricas de un pueblo próximo casaron en el mismo día, el lunes último á sus respectivos hijos. Cada familia tenía una hija y un hijo y con gran satisfacción de los padres con esos vástagos formaron dos matrimonios que prometían ser envidiado ejemplo de venturas.

Después de recibir los contrayentes la bendición nupcial vinieron á Madrid á pasar la luna de miel hospedándose en una posada, porque aunque ricos por sus hábitos les agradaba más el clásico mesón que el elegante hotel de nuestra época.

El lunes celebraron su felicidad con los parientes y los amigos, comieron bien, bailaron mejor y á cosa de las diez de la noche se retiraron las dos venturosas parejas á descansar.

Cuentan que el muerto, apenas pasó quince minutos en compañía de su esposa. Parece ser que se sintió enfermo y abandonó el cuarto para salir á tomar una taza de té.

Pasó la noche y no volvió. Pasó la mañana del martes y aunque se le buscó por todas partes nadie le halló, causando como era natural esta prolongada ausencia, las más penosas inquietudes.

Al fin ayer mañana pareció su cadáver en la carretera de Madrid á Getafe. A su lado había una pistola descargada, y en el bolsillo tenía unas cuantas monedas. Antes de abandonar á su esposa de quince

minutos dejó en el cuarto el reloj y una cartera llena de billetes de Banco.

¿Puede idearse algo más misterioso que este suceso que ha trocado en inmensa desgracia la inmensa felicidad de dos familias?

Pues nada, ni este ni otros acontecimientos no menos dramáticos, han llamado la atención. Estamos completa y absolutamente enlagartijados.

JULIO NOMBELA.

COLABORACION INEDITA.

UN JORNALERO.

Salía Fernando Vidal de la Biblioteca de N.º, donde había estado trabajando según costumbre, desde las cuatro de la tarde. Eran las nueve de la noche, acababa de oscurecer.

La Biblioteca no estaba abierta al público, sino por la mañana. Los porteros y demás dependientes vivían en la planta baja del edificio y Fernando, por un privilegio, disfrutaba á solas de la Biblioteca todas las tardes y todas las noches, sin más condiciones que estas: ir siempre sin compañía, correr por su cuenta, con el gasto de las luces que empleaba, y encargarse de abrir y cerrar dejando al marcharse las llaves en casa del conserje.

En toda N.º, ciudad de muchos miles de habitantes, industrial, rica, llena de fábricas, no había un solo ciudadano que disputase ni envidiase á Vidal su privilegio de la Biblioteca.

Cerró Fernando, como siempre, la puerta de la calle con enorme llave y empuñando el manajo que esta y otras varias formaban, anduvo algunos pasos por la acera, ensimismado, buscando sin pensar en ello el llamador de la puerta de la casa del conserje, que estaba á los pocos metros, en el mismo edificio. Pero llamó en vano. No abrían, no contestaban. Vidal tardó en fijarse en tal silencio. Iba lleno de sus ideas, que con él habían bajado á la calle dejando las frías páginas de los libros de arriba, la eterna prisión. «No está nadie» pensó por fin, sin fijarse en que debía extrañar que no estuviese nadie en casa del conserje.

—Y ¡qué hago yo con esto! se dijo, sacudiendo el manajo de llaves que le daba aspecto de carcelero. En aquel momento se fijó en otra cosa. En que la noche era oscura, en que había faroles, tres, bien lo recordaba, á lo largo de la calle y no estaba ninguno encendido. Después notó que á nadie podía parecerle ridícula su situación por que por la calle de la Biblioteca no pasaba un alma. Silencio absoluto.

Una detonación lejana le hizo exclamar.

—Un tiro!

Y el tiro, más bien su nombre le trajo á la actualidad, á la vida real de su pueblo. —Cuando salí de casa, después de comer, en el café, oí decir que esta noche se armaba, que los socialistas ó los anarquistas, ó no sé quien, preparaban un golpe de mano para sacar de la cárcel á no sé que presos de su comunión y proclamar todo lo proclamable. Debe de ser eso. Debe de estar armada. ¡Dios mío! siguió reflexionando, si está armada, si aquí, pasa algo grave, mañana acaso esté cerrada la Biblioteca, acaso no me permitan, ó no pueda yo venir de tarde á terminar mis estudios del código en que he descubierto tan preciosos datos para la historia de los disturbios de los gremios de R.º en el siglo.... ¡por vida del capítulo! Y si mañana no concluyo mi trabajo, el número próximo de la «Revista Sociológica-histórica» sal-

sin mi artículo... y quien sabe si Mr. Flinder en la «Revista de Ciencias morales é históricas de Zurich» se adelantará, si es verdad, como me escriben de allá, que ha visto este precioso documento aquí mientras yo fui á Viehy.

No, mil veces no; eso no puedo consentirlo; no es por vanidad pueril, es que esos socialistas de cátedra me son antipáticos; Flinder de fijo arrima el ascua á su sardina; de fijo lo convierte todo en sustancia, y da los datos favorables para sus teorías que este código contiene, quiere hacer una cátedra, toda una prueba plena... y eso ¡vive Dios! que es profanar la historia, el arte, la ciencia... No, no; yo diré primero la verdad desnuda, imparcialmente, reconociendo todo lo que este manuscrito arroja de luz en la tan debatida cuestión... pero sin que sirva de arma para tiros ni troyanos. Me cargan los utopistas, los dogmáticos.

Sonó otro tiro.

—Pues debe de ser eso. Debe de haberse armado. Vidal se aventuró por la calle arriba. Al dar vuelta á la esquina, que estaba lejos de la Biblioteca, en la calle inmediata como á treinta pasos, vió al resplandor de una hoguera un montón informe, tenebroso que obstruía la calle, que cerraba la perspectiva.

—«Debe de ser una barricada».

Al rededor de la hoguera distinguió sombras.

«Hombres con fusiles», pensó; «no son soldados; deben de ser obreros. Estoy en poder de los enemigos del orden.» Una descarga nutrida le hizo afirmar-se en sus conjeturas; oyó gritos confusos, ayes, juramentos...

No había duda, se había armado.

Aquello era una barricada y por aquel lado no había salida.

Des hizo el camino andado, y al llegar á la puerta de la Biblioteca se detuvo, se rascó detrás de una oreja y meditó.

—Mañana por fase por nefas, estará esto cerrado, mi artículo no podrá salir á tiempo... puede adelantarse Flinder...

No dejemos para mañana lo que podemos hacer hoy.

Sonó á lo lejos otra descarga, mientras Vidal metía la gran llave en la cerradura y abría la puerta de la Biblioteca.

Al cerrarse por dentro oyó más disparos, mucho más cercanos; y voces y lamentos.

Subió la escalera á tientas, reparó al llegar la otra puerta cerrada, en que iba á oscurecer, encendió un fósforo, abrió la puerta que tenía delante, entró en la portería contigua al salón principal, encendió un quinqué de petróleo, que aun tenía el tubo caliente, pues era el mismo con que momentos antes se había alumbrado, entró con su luz en el salón de la Biblioteca, buscó sus libros y manuscritos, que tenía separados en un rincón; y á los cinco minutos trabajaba con ardor febril, olvidado del mundo entero, sin oír los disparos que sonaban cerca.

Así estuvo no sabía él cuanto tiempo.

Tuvo que detenerse en su labor, porque el quinqué empezó á apagarse; la llama chisporroteaba, se ahogaba la luz con una especie de bostezo de muy mal olor y de resplandores fugaces.

Fernando maldijo su suerte, su mala memoria que no le había hecho recordar que tenía poco petróleo el quinqué... en fin recogió papeles de prisas, y salió de la Biblioteca á oscuras, á tientas.

Llegó á la puerta de la calle abrió, salió... y al dar la vuelta para cerrar, sintió que por ambos hombros le sujetaban sendas manos de hierro y oyó voces roncas y ferozes que gritaban:

—¡Ató!

—Date preso!

—Un burgués!

—Matarlo.

—Son ellos, pensó Vidal, los correligionarios activo prácticos de Mr. Flinder!

En efecto, eran los socialistas, anarquistas ó Dios sabía quien, triunfantes, en aquel barrio á lo menos.

Con otros burgueses que habían encontrado por aquellos contornos, habían hecho lo que habían querido; quedaban algunos mal heridos, los que menos apaleados.

El aspecto de Fernando que no revelaba gran holgura ni mucho capital robado al sudor del pobre, los irritó en vez de ablandarlos.

Se inclinaban á pasarle por las armas y así se lo hicieron saber.

Uno que parecía cabecilla, se fijó en el edificio de donde salía Vidal y exclamó:

—Esta es la biblioteca es un sabío, un burgués sabio:

—¡Qué muera! que muera!

—Matarlo á librazos...

Esto es, arriba, á la Biblioteca, que muera á pedradas... de libros, de libros infames que han publicado el clero, la nobleza, los burgueses, para explotar al pobre, engañarle, reducirle á la esclavitud moral y material.

—Bravo, bravo!...

Mejor es ponerle en una hoguera de papel...

—Eso, eso!

Abrasarle en su biblioteca...

Y á empellones, Fernando se vió arrastrado por aquella corriente de brutalidad apasionada que le llevó hasta el mismo salón donde él trabajaba poco antes en aquel código en que se podía estudiar algún relámpago antiquísimo precursor de la tempestad que ahora bramaba sobre su cabeza.

Los sublevados llevaban antorchas, y faroles; el salón se iluminó con una luz roja con franjas de sombras temblorosa, formidables.

El grupo que subió hasta el salón no era muy numeroso, pero sí muy fiero.

—Señores—gritó Vidal con gran energía—En nombre del progreso, les suplico que no quemen la biblioteca...

La ciencia es imparcial, la historia es neutral...

Esos libros... son inocentes... no dicen que sí ni que no; aquí hay de todo...

Ahí están esos tomos grandes, las obras de los Santos padres, algunos de cuyos pasajes les dan á Vdes. la razón contra los ricos...

En ese estante pueden Vdes. ver á los socialistas y comunistas del 48...

En ese otro está Lassalle...

Ahí tienen Vdes. *El Capital* de Carlos Marx.

Y en todas esas biblias, colección preciosa: hay multitud de argumentos socialistas; el año sebástico, el jubileo... la misma vida de Job... no ¡la vida de Job, no es argumento socialista. ¡Oh, no, esa es la flosa seria, la que sabrán las clases pobres é ilustradas de siglos muy remotos!...

Fernando se quedó pensativo, é interrumpió su discurso, olvidado de su peligro y el de la biblioteca.

Pero el discurso, apenas comprendido había producido su efecto.

El cabecilla que era ergotista á la moderna, de café y de club, apo de esos demagogos retóricos y presuntuosos que tanto abundan, extendió una mano para apaciguar las olas de la ira popular...

—¡Quietos, dijo... procedamos con orden. Oigamos á este burgués...

Antes que el fuego de la venganza, la luz de la discusión. Discutamos... Pruebanos que esos libros no son nuestros enemigos y los salvo de las llamas; pruebanos que tú no eres un miserable burgués, un holgazán que vive como